

## XXII.

Mr. LE-HIVAIN.

*(Continuación.)*

No contento el caballero marqués con haber dado á su huésped un generoso consejo, cambió las dos bujías y movió un poco la mesa.

Gracias á estas maniobras clásicas, era muy difícil que no cambiara la suerte totalmente.

Penhoel siguió perdiendo.

El anciano marqués miró sus manos con desaliento.

—Cuando el diablo toma cartas en el juego, es una locura seguir luchando, murmuró.

Sin embargo, Penhoel rebuscaba en sus bolsillos, que estaban completamente vacíos.

—Treinta luises bajo mi palabra, dijo con voz cavernosa.

Era la primera palabra que pronunciaba después de una hora. Los dos Pontalés y Mr. de Blois cambiaron una mirada rápida.

—Escuchad, Penhoel, replicó Roberto; ya sabeis que no quisiera rehusar vuestra proposición.... jugaria de palabra aun cuando fueran dos millones; pero en este momento seria robaros el dinero.... Permaneceremos aquí hasta mañana y no por eso dejareis de perder.

—¡Treinta luises! repitió Penhoel, cuya mano trémula estrechaba el vaso lleno de aguardiente.

Roberto barajó con visible repugnancia.

En el momento en que Penhoel levantaba entrecabrió un criado la puerta de la habitación.

—Se espera al señor maire, dijo, para encender los fuegos artificiales.

—¡Que esperen!... quiso responder Penhoel.

Pero Roberto y los dos Pontalés se habian levantado ya.

Cuando René vió escapársele de esta manera su adversario, se coloreó su frente, temblando de cólera sus lábios.

Murmuró algunas quejas ininteligibles.

Roberto y Pontalés lo cogieron cada uno de un brazo mientras que Lola se eclipsaba con el joven vizconde Alain.

Mr. Le-Hivain guardaba sus anteojos en la caja.

—Vamos, vamos, Penhoel, decía sin embargo el marqués con aquel acento paternal que se toma con los niños enfadados; no queráis hacer que se alboroté toda esa gente que está esperando... en media bora podeis cumplir vuestro deber y despues os daremos cuantas revanchas queráis.

—¡Puesto que os obstinais tantol... añadió Roberto, conduciéndolo fuera de la estancia.

Antes de salir hizo señas á Mr. Le-Hivain para que no se alejara mucho.

Los aldeanos esperaban en la pradera. Los fuegas artificiales se encendieron y hubo el conveniente número de salvas y aclamaciones entre los pe-tardos.

Mientras que el resplandor azulado ó rojizo se extendia por todas partes, Penhoel, que habia echado su antorcha, vagaba por entre la multitud buscando en vano á sus compañeros de vicio.

Por todas partes le saludaban respetuosamente los aldeanos sin que él los viera.

Cuando el buen maese Geraud, posadero del Carnero Coronado, fué á hacerle una reverencia, le preguntó René como absorto:

—¿No has visto á Mr. Roberto de Blois?

Luego se volvió sin esperar la respuesta del anciano posadero, que movió la cabeza murmurando:

—Ese hombre le ha hechizado... ¡Yo fui el que le enseñó el camino del castillo!

A falta de Roberto y de los Pontalés, que se ha-

cian entonces invisibles, encontraba Penhoel por todas partes á Mr. Protasio Le-Hivain.

Este se mantenía á respetuosa distancia, pero nunca perdía de vista á René de Penhoel, y parecia que espía la ocasion de acercársele.

—¿Dónde están?... ¿dónde están?... le gritó al fin René, agotada ya su paciencia.

Macrocéfalo se acercó entonces.

—Creo que el señor vizconde quiere hablar de esos señores, dijo. Sin duda habrán esperado al señor vizconde en su habitacion.

—Es cierto, dijo René; voy allá.

El abogado le presentó el brazo, en que René apoyó el suyo, andando con paso tardo y pesado.

Al pasar por delante del salon de césped se detuvo, y un murmullo sordo salió apenas de sus labios. La orquesta tocaba entonces una húngara que Lola bailaba con la cabeza apoyada en el hombro de Alain de Pontalés.

—Mas gustaria ella estar á vuestro lado que ahí, señor vizconde, murmuró Macrocéfalo: cuando no os encontráis á su lado, parece que la pobre jóven se aburre.

—¿Hablais de veras? preguntó Penhoel.

—¡Mirad!

Esto era muy audaz, porque aparentaba estar en el paraíso. Pero René se sonrió de una manera estraña, siguiendo contento el camino de su habitacion.

En ésta no encontró á Pontalés ni á Roberto de Blois.

—Van á venir, dijo Macrocéfalo, instalando á René en su sillón con los solícitos cuidados de un verdadero ayuda de cámara. Si fuese permitido espresarme en ciertos términos, diría: ¡Ay! desgraciadamente vendrán demasiado pronto! ¡Dios mió! esos hombres han ganado todo el dinero á Penhoel!

—Dadme un vaso, Mr. Le Hivain, dijo aquel agradeciendo con el gesto esta muestra de respetuoso afecto; ya ha habido tiempo para que varíe la suerte....

—Si yo fuera brujo ó hada, exclamó Macrocéfalo, hace mucho tiempo que hubiese cambiado. Mirad, Penhoel; yo no sé espresarme en términos muy pomposos, pero entre todos los caballeros del país, el único á quien verdadera y sinceramente aprecio sois vos. ¡Ah! y me dejaría hacer cuartos por vos tan cierto como hay Dios en el cielo!

—¡No vendrán!... exclamó Penhoel.

El abogado se sentó en una silla junto á él.

—Antes que vengan, replicó, podríamos hablar algo de negocios.

Una espresion de espanto y repugnancia inencontrable se pintó en el rostro de Penhoel.

—No, hoy no, replicó.

—Es que estamos muy apurados.

—¿Y qué remedio? murmuró René fatigado; ¿vais á reprenderme lo que he hecho? Ya sé que

llegará un día en que no tendré otro recurso que un pistoletazo.

—Llegará un día, repitió el abogado con tono que quería decir: "Ese día está más próximo de lo que pensais."

Luego añadió:

—A lo hecho pecho, Penhoel; no os hablaré de esas escrituras falsas. Nada temais; nadie nos escucha.... Quisiera únicamente preguntaros si os queda mucho dinero sobre el precio del bosque de Quintana.

Penhoel inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Oh! la suertel... ¡la suertel... murmuró, crispando sus dedos en torno de los brazos de su sillón: acabo de perder el último luis que me quedaba.

—¡Y sin embargo quereis jugar mas!

—Quiero ganar.

—¿Y si perdeis?

—Quiero ganar os digo, exclamó el señor del castillo, irguiéndose repentinamente. ¿Ha nacido Blanca de Penhoel para mendigar un pedazo de pan, caballero? Quiero ganar mis bosques, mis estanques, mis granjas!... y con todo esto los bienes que Pontalés ha robado á mi padre.

—Daría el brazo derecho porque no llegara á suceder, Penhoel.... ¡Pero si ya no teneis dinero!

—¡Necesitaré vender!... Además, Lola quiere que le traigan de Rennes cierto tocado....

—¡Vender! replicó el abogado, que puso una cara

mas larga aún que la de costumbre: para vender se necesita poseer.

René se estremeció, mirándole de frente.

—¿Qué quiere decir eso? exclamó; ¿no poseo ya nada?

—Sí tal, replicó Macrocéfalo; el señor vizconde posee todavía su castillo de Penhoel, preescindiendo de la hipoteca.

—¿Y además?

—¡Nada!... dijo en voz baja Macrocéfalo.

Penhoel permaneció un momento inmóvil y mudo. Hubiérase podido decir que era un hombre aterrado. Luego se cubrió el rostro con las manos.

—El castillo de Penhoel, replicó sin embargo el abogado, es una magnífica propiedad; encontráramos quien á buen precio... seguro estoy de que el marqués de Pontalés...

—Nunca, interrumpió René con angustia... Aquí fué donde murió mi padre... ¡Nunca!...

—No es esto que aconseje yo al señor vizconde que venda el castillo, prosiguió Macrocéfalo dando á su voz una espresion mas humilde y mas insinuante; pero teniendo el honor de ser el consejero del señor vizconde, me permitirá hacerle observar que el castillo es para él una carga pesada... una mansión tan preciosa exige rentas...

—¡Y no tengo ningunal marmuró Penhoel.

—Si hemos de hablar francamente, no son muchas... Por otra parte, como acabais de decir

puede cambiar la suerte de un momento á otro, y con fondos....

Penhoel dejó caer sus dos manos sobre las rodillas. El profundo dolor que experimentaba despertó su apatía. La tortura habia encontrado un hueco en su corazón adormido.

Aquellos tres años trascurridos pasaban por delante de sus ojos como una vision.

—¡Yo era feliz! pensó en voz alta; era rico... ¡El nombre de mi padre permanecía puro! ¡Oh! ¡Haligan tenia razon! Ese hombre ha venido á robarme la salvacion de mi alma y la vida de mi cuerpo.

—Una observacion que es menos importante, prosiguió el abogado, me resta que hacer; todas las ventas autorizadas por vos hasta el dia son condicionales y tienen una cláusula de espera. En el caso en que volvais á hacer cualquier negocio con el marqués ó con otro, se podrian obtener condiciones semejantes.

—¿Es igual el término para todo e cuanto he enajenado? preguntó Penhoel.

—¡El mismo! Concluye en primero de noviembre del presente año.

—¡Y estamos á fines de agosto!

—En dos meses y once dias se puede n hacer muchas cosas. En el caso de que queráis vender el castillo, podré explorar el ánimo de Pontalés esta misma noche.

René de Penhoel permaneció algunos momentos

sin responder. Cuando al fin usó de la palabra, fué con la cabeza erguida y en voz alta. Parecía que se había despertado en él una chispa de su antigua energía.

—Os prohibo que me habéis nunca de eso, dijo. No sé lo que Dios decidirá de mi suerte; pero la casa en que ha nacido mi hija única, no será vendida nunca por mí ni con mi consentimiento.

—¡Bien dicho! exclamó Macrocéfalo con bruceo enternecimiento; sois un verdadero caballero, Penhoel, y estoy seguro de que veremos el desenlace de todo esto....

—Dejadme.

Macrocéfalo se levantó en seguida para obedecer. Pero antes de abandonar la estancia tuvo tiempo de decir:

—Si supiéseis la pena que se apodera de mi corazón cada vez que los dominios de Penhoel pasan á manos estrañas! Nada tengo que decir contra Pontalés, á Dios gracias, ni tampoco contra nadie.... Pero ante todo soy el servidor y el amigo de Penhoel.... Si yo tuviera tesoros, ya sé en qué los haría de emplear.

Hizo un saludo respetuoso y se despidió de René que había vuelto á caer en su estúpida melancolía,

Al pié de la escalera que daba al jardín encontró á Roberto de Blois, que sin duda le esperaba, y que enlazó inmediatamente su brazo con el del abogado.

—¡Y bien! ¿Sois de los diplomáticos? preguntó Roberto; ¿qué hemos hecho?

Mr. Le-Hivain movió la cabeza.

—¡Psil! psil dijo: nadie vende tan fácilmente y sin gruñir antes un poco su última camisa.

—¿Acepta sin embargo?

—Rehusa.

—¡Diablol murmuró Roberto; eso hace que tardemos.... ¿Habeis hecho cuanto habeis podido?

—Mr. de Blois, dijo Macrocéfalo con acento penetrante, nadie puede responder del resultado de semejantes comisiones.... No os conozco mas que desde hace tres años, pero os quiero cual si fuérais hijo mio.

—Os lo agradezco, contestó Roberto.

El abogado le interrumpió.

—Quisiera que me pusiéseis á prueba, dijo. Tan cierto como hay un Dios en el cielo consentiría en que me hicieran cuartos por vos. Nada puedo decir contra Penhoel ni contra Pontalés, pero no hay punto de comparacion; ante todo vos.

—A su debido tiempo, Mr. Le-Hivain, contestó Roberto, vereis que no tratais con un ingrato.... Para empezar consultaré vuestra esperiencia desde mañana sobre algunas insignificantes disputas que pudieran dividirnos á Pontalés y á mí en lo sucesivo.

—Estoy á vuestras órdenes, mi querido Mr. Roberto.

—Pero volviendo al negocio de que tratábamos, ¿no veis la posibilidad?

—No, respondió Macrocéfalo.

—Entonces será preciso apelar á los recursos fuertes, ¿no es así?

—Tal es mi opinion.... y si me fuera permitido daros un consejo....

—Podeis hablar.

Hacia algunos minutos que sin embargo de seguir la conversacion, reflexionaba. En aquel momento parecia que acariciaba una idea excelente.

—El consejo que me permitiré daros, prosiguió el abogado, será este. La encantadora Mad. Lola posee sobre Penhoel una influencia sin limites.

—Mr. Le-Hivain, interrumpió Roberto, sois un observador estremadamente ingenioso. Lola la pobre niña nos ha servido casi tanto como el juego y el aguardiente.... pero hoy deseo una cosa mas influyente, mas poderosa.

—¿Mejor que esa? repitió Macrocéfalo con aire incrédulo sobremanera.

Roberto separó su brazo del del abogado.

—Aquí se está muy mal para hablar de negocios, dijo; ¿quereis buscar al señor marqués de Pontalés y esperarme con él en alguna parte donde se pueda hablar sin testigos?

El abogado reflexionó.

—Hacia la torre del Primogénito si os parece bien.

—¡Seal replicó Roberto. El sitio es excelente y

no me esperéis allí mucho tiempo. Antes de media hora podreis juzgar las ventajas de mis recursos.

Roberto tenia retratado en su fisonomia el triunfo. Se separaron.

El abogado bajó la calle de árboles que conducia al salcn de césped para buscar al marqués de Pontalés, y Roberto de Blois subió con precipitacion la escalera del castillo.

En lugar de entrar en la habitacion del señor de Penhoel, cuya puerta se encontraba la primera en el corredor, se dirigió sin dudar hacia la estancia de Marta.

